VELETAS AL VIENTO

Harry Marcus

LAS veletas siempre fueron algo más que simples instrumentos para determinar la dirección del viento o vistosos adornos en lo alto de torres y campanarios. A lo largo de la historia sirvieron como puntos de referencia y simbología de la más diversa categoría, incluso como objeto de burla y comparación odiosa: así por ejemplo, se denomina «veleta» al individuo inestable y veleidoso, que cambia de opinión y postura «según la dirección del viento». Pero dentro de semejante parámetro es posible invertir los términos equiparando este artilugio con quien está dispuesto en todo momento a encararse con las fuerzas adversas, vengan de donde vengan, puesto que una veleta *siempre se enfrenta al viento,* sin importar su intensidad y procedencia.

Mi fascinación por las veletas empezó hace más de 30 años, concretamente en 1962, durante mis épocas de estudiante de Cochabamba, Bolivia. En aquellos tiempos me distraía realizando experimentos aerostáticos con globos de aire caliente, y a objeto de registrar el rumbo y la fuerza del viento fabriqué una veleta y un anemómetro con materiales de reciclaje.

Más tarde, al margen de la función práctica, creció mi interés por el aspecto netamente formal y estético de las veletas, de modo que fue construyendo nuevos y cada vez más sofisticados modelos con aspas y hélices en la proa.

Con el correr de los años, esta actividad se convirtió en la afición o «hobby» favorito de mis ratos libres y, además de veletas, construía otros juguetes que se mueven con el viento, como nuevas formas de anemómetros, molinos a escala y campanas tubulares.

Actualmente sólo dispongo de 91 modelos distintos en la terraza, porque no las tengo todas conmigo en el doble sentido del término: he fabricado muchas más para familiares y amigos, de modo que hay un buen número disperso por Alemania, Bolivia, Estados Unidos y Australia. Cada nueva veleta recibe un nombre propio adecuado a su tamaño, forma y sonido.

Junto al placer que me proporciona el diseño de formas novedosas y la satisfacción de verlas y oírlas luego funcionando como si fuesen seres vivos a punto de alzar el vuelo, me sirven como fuentes de inspiración para muchos poemas y relatos: en su misterioso lenguaje de zumbidos, susurros y ronroneos, las veletas me cuentan historias que vienen disueltas en el viento, en las violentas borrascas y hasta en las brisas apenas perceptibles. Y cada vez que eso ocurre, no quiero acordarme de que se trata de «simples» proyecciones del inconsciente o quizá meras alucinaciones auditivas. La poetisa Dionisia García, en una parte de su discurso de presentación de mi libro «La Granja de Veletas» en 1993, relacionaba este fenómeno proyectivo con las psicofonías, un aspecto que hasta ese momento yo no había tenido en cuenta.

El personaje que recoge y apunta los relatos de la colección citada dice, entre otras cosas: «Estoy absolutamente seguro de que mis veletas funcionan como

válvulas y transistores para captar, modular y amplificar lejanas señales, algunas ya debilitadas por el tiempo y la distancia, como buscando algún receptor sensible a sus etéreas pulsaciones».

Por si fuera poco, además de «hobby» y fuentes de inspiración, estos artilugios también cumplen otras funciones: bajo el título de «Los Mándalas Eólicos» publicado en la revista «Más allá» de junio 1991, ya expuse detalladamente cómo las veletas pueden servir incluso como instrumentos auxiliares de meditación, al utilizar sus imágenes a modo de mándalas y sus diversos ruidos y sonidos rítmicos en función de «mantrams» para alcanzar la serenidad y el silencio mental.

Aun haciendo un apretado resumen de las ocho páginas que ocupan ese artículo, resultaría un texto demasiado extenso para citarlo aquí. Pero hay un pasaje sobre el viento que creo oportuno rescatar como colofón, puesto que detrás de toda esta afición se encuentra el puro y simple gusto de jugar con el viento, como niños que se divierten remontando sus cometas y barriletes:

«Silbando entre resquicios de puertas y ventanas, deshilachado en melodías por las agujas de los pinos o las briznas de hierba, el viento ha inspirado a muchas generaciones de artistas un enorme caudal de poemas, canciones, mitos y leyendas. Nos ha precedido y nos sobrevivirá. Cuando se haya marchado hasta el último de cuantos ahora poblamos este planeta; cuando todo lo que aún conforma nuestra vida diaria sean nostalgias de un pasado cada vez más lejano; cuando hayan desaparecido hasta las lápidas con nuestros nombres y ya no queden huellas de nuestro paso por el mundo en la memoria de los vivos, o sea, cuando al fin estemos otra vez tan muertos como lo estuvimos antes de nacer... el viento seguirá interpretando sus antiguas melodías para quienes sean capaces de sintonizar sus mensajes de aliento y consuelo».